

En Brunsteins, Patricia y Testa, Ana, *Conocimiento, Normatividad y Acción*. Córdoba (Argentina): Universidad de Córdoba.

(Post)Historia Queer: Desafíos de un programa historiográfico después del fin de los grandes relatos.

Moira Pérez.

Cita:

Moira Pérez (2007). *(Post)Historia Queer: Desafíos de un programa historiográfico después del fin de los grandes relatos*. En Brunsteins, Patricia y Testa, Ana *Conocimiento, Normatividad y Acción*. Córdoba (Argentina): Universidad de Córdoba.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/moira.perez/12>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/prao/Ng0>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Patricia Brunsteins – Ana Testa
Editoras

**CONOCIMIENTO,
NORMATIVIDAD Y ACCIÓN**



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES



Brunsteins, Patricia; Testa, Ana (editoras)

Conocimiento, normatividad y acción

Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.
Córdoba, 2007

ISBN 978-950-33-0594-2

Primera edición: mayo de 2007

Catalogación en fuente:

Conocimiento, normatividad y acción /
edición literaria a cargo de: Ana Testa y Patricia Brunsteins -
1ra ed. - Córdoba : Univ. Nacional de Córdoba, 2007.
640 p. ; 25x18 cm.

ISBN 978-950-33-0594-2

I. Filosofía-Teoría. I. Ana Testa, ed. lit. II. Brunsteins, Patricia, ed. lit.
CDD 101

Fecha de catalogación: 03/05/2007

Diseño interior: María Inés Crespo

Diseño de tapa: Verónica Reinoso

Las Jornadas de Filosofía Teórica se realizan anualmente y son organizadas en forma conjunta por el Área Metafísica de la Escuela de Filosofía y por el Área de Filosofía del Centro de Investigaciones "María Saleme de Burnichón" de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

**(Post) Historia Queer:
desafíos de un programa historiográfico
después del fin de los grandes relatos**

Moira Pérez
Universidad de Buenos Aires

En su libro *Posthistoire*, subtulado *Has history come to an end?*, el historiador holandés Lutz Niethammer elabora un panorama del movimiento intelectual conocido como Posthistoria, que se caracterizaría por la idea de

Un proceso de desarrollo sociocultural que, gracias a la considerable autonomía de la civilización técnico-industrial respecto de la naturaleza, y su extensión uniforme a escala mundial, eventualmente llega al final de sus cambios cualitativos y se petrifica en una estructura autoreproductiva¹.

Frente a esta tendencia, con cuyo diagnóstico de cristalización y fin del significado Niethammer evidentemente no concuerda, él propone lo que llama "historia desde abajo", una propuesta que invierte la jerarquía tradicional de las tareas historiográficas: estudia las historias de vida individuales dentro de su contexto histórico-social y no pretende incorporarlas en grandes relatos abarcadores. En este sentido, el autor se inserta en las diversas corrientes contemporáneas de la Nueva Filosofía de la Historia, que proponen una ampliación de los relatos históricos, tanto desde el punto de vista de los sujetos de la narrativa, como de los recursos metodológicos y lingüísticos, como de los agentes admitidos en su elaboración. En esto Niethammer busca oponerse, por un lado, a los "grandes relatos" tradicionales (que representan una perspectiva puntual, pero con aspiraciones de universalidad), y, por el otro, a los teóricos de la posthistoria, devolviendo así al historiador un rol político y social que salde lo que él llama "el conflicto entre el intelectual y las masas". Según el autor, el historiador puede (y por momentos parecería que *debe*) contribuir a la subjetividad de los individuos, tanto en su percepción histórica de sí mismos como en su capacidad de acción concreta.

El autor presenta tres aportes que puede hacer el historiador al individuo que busca esta auto-comprensión histórica. En este trabajo se tomarán estos tres aportes como punto de partida para el análisis del poder (¿deber?) del historiador, y de las dificultades con las que debe lidiar a la hora de aplicarlos a una comunidad específica. En particular, se tomará como objeto historiográfico el caso *queer*, por considerarlo un caso de estudio privilegiado, como se verá enseguida. Ahora

¹ L. Niethammer, *Posthistoire. Has history come to an end?*, Verso, Londres, 1992, 143. Esta nueva era se caracterizaría por la sensación de "una vida mortal vivida sin ninguna seriedad o lucha, en el aburrimiento regulado de una reproducción perpetua de la modernidad a escala mundial", 3.

bien, iría en contra de la idea misma de *queer* si en este punto se diera una definición unilateral y rígida a este objeto de estudio. Por el momento, y para los fines prácticos del trabajo, es posible definir *queer*, con David Halperin, como “todo lo que está en desacuerdo con lo normal, lo legítimo, lo dominante”, desacuerdo que, en sus palabras, “no está restringido a lesbianas y gays, sino que está disponible para cualquiera que esté o se sienta marginado a causa de sus prácticas sexuales”². En muchos otros autores, en lo *queer* convergen, además de lo sexual y la identidad de género, todas las formas no dominantes de lo racial, étnico, cultural y la pertenencia de clase, entre otros. Cabe aclarar que éste es un análisis que se puede hacer respecto de cualquiera de estos grupos que necesitan de una nueva historiografía con la que se puedan sentir identificados. En este trabajo se tomará el caso *queer* porque, por su mismo carácter de ruptura de categorías e identidades definidas, visibiliza las ambigüedades y paradojas presentes —aunque de manera no explícita— en toda colectividad y en todo proyecto historiográfico.

Veamos entonces los tres aportes que, según Niethammer, puede hacer el historiador para contribuir a la autocomprensión histórica de los individuos y su acción concreta, y para pasar luego a las dificultades con las que se encontraría alguien que pretenda aplicarlos a la comunidad *queer*.

En primer lugar, una de las contribuciones que puede ofrecer el historiador es proveer al lector (es decir, este individuo perteneciente a un grupo marginado históricamente) de elementos para la comprensión histórico-social del grupo al que pertenece, incluyendo, por ejemplo, narrativas acerca de las condiciones objetivas del grupo, sus decisiones políticas, sus figuras ejemplares y la influencia que todo esto tiene sobre sus miembros. Según Niethammer, estas narrativas permitirán a nuestro lector comprender mejor su propia historia de vida.

En segundo lugar, el historiador deberá recordarse a sí mismo y a su lector que se trata de construcciones hipotéticas o esbozos, evitando entregarse a grandes relatos como aquellos de la historia tradicional. Y esto pese a que este análisis se irá ampliando hasta llegar a la “historia mundial”, corriendo —evidentemente— cada vez más riesgo de entregarse a lo que el autor llama “grandes síntesis pseudo-empíricas”³.

Finalmente, el aporte de la *historia desde abajo* deberá incluir una referencia a la idea de “lo otro”, ya que Niethammer considera que tomando conciencia de la existencia de un otro, el individuo puede llegar a una mejor comprensión de sus propias características como específicas, y por lo tanto modificables. Esto, a su vez, sirve de incentivo para que la comunidad busque enriquecer su horizonte a través del conocimiento de otras culturas, y también —y sobre todo— apunte a cambiar su propia condición de opresión, *haciendo historia*.

² D. Halperin, *San Foucault. Para una biografía gay*, El Cuenco de Plata, Buenos Aires, 2004, 85.

³ L. Niethammer, *Parthistoire*, 150.

Estos tres elementos, según el autor, contribuirán a una disminución de la distancia tradicional entre "los líderes intelectuales", que se atribuyen todo el trabajo de interpretación, y "las masas", que no se ven a sí mismas como agentes históricos. Los intelectuales no deben seguir negando su pertenencia a la masa, y deben asumir la cuota de libertad y de responsabilidad que tienen en cuanto parte de ella. Sólo de esta manera se podrá evitar que la historia "se congele" o que "explote", es decir, entre en conflictos reales debido a la falta de conexión entre el trabajo de comprensión histórica y los sujetos individuales. Al mismo tiempo, gracias a estos aportes se llegaría a una "evaluación realista del espacio de acción dentro de y contra las estructuras sociales existentes"⁴, abriendo el camino al cambio de las condiciones dadas.

Ahora bien, este programa historiográfico debería poder ser aplicado, como vimos, a cualquier grupo que tradicionalmente no haya sido incluido en los grandes relatos, ayudando a los individuos que lo componen a comprender su historia de vida (*life-history*) y sentirse agentes históricos. Quiero detenerme ahora en algunas dificultades que presentan cada uno de estos puntos, algunas aplicables a cualquier colectividad, y otras algo más específicas del caso *queer*. De todos modos, como sugerí al principio, considero que los desafíos que presenta el sujeto *queer* pueden ser encontrados en cualquier otro destinatario que se elija, con la diferencia de que en este caso las dificultades salen más a la luz porque las categorías sobre las que se fundamenta el trabajo historiográfico han sido problematizadas y sus ambigüedades han sido expuestas.

El primer punto enumerado por Niethammer hacía referencia a la comprensión histórico-social por parte del lector respecto de su grupo de pertenencia: las narrativas acerca de su historia, sus características histórico-sociales, sus figuras ejemplares, entre otros. En este sentido, la historiografía *queer* ha seguido un proceso similar al de la historiografía de género⁵: primero llenando los vacíos de la historiografía tradicional en todo lo referente a quienes se identifican como pertenecientes a esa comunidad, y luego desarrollando un plan historiográfico alternativo dedicado centralmente a lo *queer* (que puede incluir, por ejemplo, una nueva periodización de la historia y nuevas teorías acerca de ella). Finalmente, se llega a la etapa que aquí más nos interesa: el planteo de la necesidad de reconsiderar los esquemas conceptuales, los esquemas de periodización, y el lenguaje de la historia en general, a partir de los desperfectos que salen a la luz al aplicarlos al caso *queer*. Es éste probablemente el mayor aporte que puede hacer la historiografía *queer*, al mostrar que lo que es *evidentemente* problemático en ella, es *implícitamente* problemático en cualquier otro tipo de narrativa histórica.

Pero no se trata de una tarea fácil. El desafío en este primer caso es sobre todo de tipo metodológico: los sujetos *queer* no sólo han sido excluidos —junto

⁴ J. Niethammer, *Posthistoire*, 149. En esto, el autor podría acercarse a la posición de Rorty, ya que parecería estar proponiendo "campañas" realistas por sobre lo que Rorty llama "movimientos".

⁵ M. Baum Duberman et al. (eds.), *Hidden from History: Reclaiming the gay and lesbian past*, New American Library, New York, 1989, 12.

con mujeres, pueblos originarios, minorías étnicas y demás comunidades marginadas— de los relatos históricos oficiales, sino que también están ausentes de otros tipos de historiografías alternativas, tales como historia oral o narrativas familiares. No sólo esto, sino que incluso *dentro* de la comunidad, cada historiador ha tomado como objeto de estudio lo que le parecía *aceptablemente queer*, tanto hacia un extremo como hacia el otro: así, se han excluido prácticas e individuos por no ser *suficientemente queer*, y otras por ser *demasiado queer*... Si, como sostiene Niethammer, el aporte del historiador es proveer un contexto histórico-social del grupo en el que el individuo pueda sentirse reflejado, entonces lo que falta en estos casos son, sobre todo, fuentes en las que la comunidad pueda *reflejarse de manera positiva*, para comenzar a contrarrestar los estereotipos negativos que se transmiten tanto en la historia “formal” como en los diversos relatos alternativos⁶.

El segundo punto, por su parte, presenta la dificultad de que en él se hace un esfuerzo por aclarar que no se está trabajando más que sobre hipótesis, mientras paralelamente se incentiva a los individuos a que *hagan historia*. Es inevitable preguntarse hasta qué punto no debilita este llamado a la acción el hecho de basar esta intervención en lo que Niethammer llama un “*mero esbozo*”.

Una posible respuesta a esta dificultad es la que propone Rorty en su artículo autobiográfico “Trotsky y las orquídeas salvajes”. Rorty sostiene que cualquiera que no asuma el carácter de mero esbozo de su narrativa es simplemente alguien que no ha terminado de interiorizar la caída de la idea moderna de una visión unitaria y omniexplicativa, en “un intento de verse a uno mismo como algo más amplio que uno mismo, antes que aceptar la propia finitud”⁷. Frente a esta pretensión vana, el autor defiende el sentido de la finitud por sobre la búsqueda de lo absoluto, la tolerancia y la solidaridad por sobre la universalización, las campañas por sobre los movimientos⁸. Rorty está convencido de las ventajas de estos “meros esbozos”; en “Movimientos y Campañas” dice:

La impureza advertida en un movimiento puede destruir a la persona que se ha identificado con él; la impureza en una campaña puede tomarse bien: después de todo, tal impureza es lo que se esperaba de algo que es, como uno mismo, finito y mortal.

⁶ Es interesante como ejemplo el caso citado por Bauml *et al* en la introducción al texto, donde se explica cómo el destino que sufrieron luego de la caída del nazismo aquellos homosexuales que estaban reclusos en los campos de concentración no fue incorporado ni en el relato histórico “oficial” ni en las narrativas alternativas u orales acerca de la época. Sólo recientemente se ha comenzado a investigar este aspecto de la intervención de los Aliados, con la consiguiente dificultad de fuentes y recursos para la investigación.

⁷ R. Rorty, *Pragmatismo y Política*, Paidós, Barcelona, 1998, 39.

⁸ Los movimientos son demasiado grandes y amorfos para tener éxito o fracaso, intentan unir lo intelectual con lo político, y ven cada campaña como parte de un proceso de maduración; buscan cambios totales. Las campañas, en cambio, son múltiples y finitas, tienen un sentido propio y se sustentan por sí mismas.

Y más adelante:

Si (...) comenzáramos a redactar narrativas sobre campañas que se solapan y superponen, y sobre las carreras de individuos y grupos destacados (...) perderíamos sin duda intensidad dramática, pero sería una ayuda para inmunizarnos contra la pasión del infinito⁹.

La tarea del historiador, una vez que se abandona la pretensión de encontrarle un significado a los acontecimientos en términos de “maduración”, es la de contar la historia de cómo ciertos grupos “han hecho sus futuros diferentes de sus pasados”, para contribuir a la búsqueda de maneras de “reemplazar la actualidad presente por una mejor actualidad futura”. Sin entrar en un análisis de las consecuencias que podría llegar a tener un enfoque pragmático sobre nuestro objeto de estudio *queer*¹⁰, que excede en mucho el objetivo del presente trabajo, considero que estas contribuciones de Rorty pueden servir para reconciliarnos con el hecho de que Niethammer nos está llamando a la acción *no* con el aval y la promesa de un gran relato, *sino* sólo con hipótesis y debates abiertos. No tendremos ese “confort metafísico”, pero sí somos realistas y sí seguimos teniendo la posibilidad de cambiar nuestra realidad concreta.

La estadounidense Wendy Brown, en su análisis de este mismo problema, presenta un diagnóstico similar: “la convicción personal y la verdad política han perdido su asiento en bases epistemológicas firmes, pero no las hemos descartado como fuentes de motivación política o centros de fidelidad colectiva”: se han fetichizado¹¹. Es decir, nuestra sociedad sigue rigiéndose en la práctica por ciertos principios (como los de progreso histórico, soberanía, teleología, libre albedrío y verdad moral) aún siendo consciente de la erosión que han sufrido en los últimos años. El resultado de este proceso es la postura que Brown, siguiendo a Freud, resume como “*lo sé, pero igual...*”¹², y que lleva en última instancia ya sea a un aferrarse reaccionario debido al pánico, o bien a una melancolía causada por la certeza de que dichas categorías han colapsado definitivamente. Pero, como Rorty, Brown sostiene que frente a esta pérdida no hay que alarmarse, y mucho menos fetichizar los ideales caducos, sino muy por el contrario: hay que elaborar el duelo de la revolución, y buscar maneras de seguir desarrollando —en su caso— un feminismo post-revolucionario. La renuncia a las aspiraciones revolucionarias nos lleva a buscar formas alternativas de subvertir el orden; y la renuncia a la universalidad daría, según Brown, más radicalidad y eficacia a las lu-

⁹ R. Rorty, *Pragmatismo y Política*, 73. Esta última es una expresión que Rorty toma explícitamente de Kierkegaard.

¹⁰ Entre estas resultarían particularmente problemáticas el abandono pragmático de la ambición de emancipación, y la desvalorización que Rorty hace del papel de los intelectuales en ámbitos políticos.

¹¹ W. Brown, *Politics out of History*, Princeton University Press, Princeton, 2001, 3-4.

¹² W. Brown, *Politics out of History*, 4.

chas políticas, que ahora tendrán como blanco las prácticas comunes de delimitación, clasificación y nombramiento¹³.

Esto nos lleva al tercer punto del programa historiográfico de Niethammer: los aportes para la auto-comprensión del lector a través del conocimiento del *otro*. Y aquí se puede comprender por qué no se definió exactamente qué significa *queer*. Considero que más aún que en los otros dos puntos, aquí vemos lo paradigmático de este objeto de estudio, ya que se trata de un caso en el que la identidad misma del grupo está en cuestión. Lo *queer* nace del rechazo de delimitar su propio objeto de análisis, y será por lo tanto un desafío para el historiador que quiera abordar un sujeto que no sólo está aún sin definir, sino que por su propia posición *se niega a ser definido*.

La dificultad de llegar a un acuerdo acerca de qué es exactamente la condición de *queer* y quiénes forman parte de este grupo ha dado lugar a innumerables debates, comenzando por la antiquísima discusión respecto de si la homosexualidad es específica de ciertas personas, o algún tipo de "enfermedad" que puede afectar a cualquiera. Más hacia nuestros días, este tipo de discusiones ha dado lugar a otras más familiares, tales como aquella entre esencialistas y constructivistas sociales. El historiador John Boswell ha comparado esta discusión con aquella entre realistas y nominalistas respecto de los universales: en nuestro caso, la pregunta de base podría ser, por ejemplo, si existen "personas homosexuales/heterosexuales" o si lo que hay son "personas a las que la sociedad llama homosexuales/heterosexuales". Ahora bien, no hay que apurarse al dar una respuesta a estas preguntas, si no se quiere llegar a consecuencias no deseadas. Aquellos clasificados como esencialistas, como Boswell, sostienen que "si las categorías homosexual/heretosexual y gay/no gay son invención de sociedades particulares antes que aspectos reales de la psique humana, (entonces) no hay una historia gay"¹⁴; mientras que constructivistas como David Halperin y Robert Padgug contestan que "en cualquier enfoque que tome como predeterminadas y universales las categorías de la sexualidad, la verdadera historia desaparece"¹⁵. Como sintetiza la antropóloga Carole Vance, esta ambigüedad torna "el futuro menos cerrado de lo que temíamos, pero tal vez más abierto de lo que esperábamos"¹⁶.

Una posible respuesta a este problema es aquella dada por los constructivistas: es cierto que el objeto inicial de estudio parece desvanecerse, pero en cam-

¹³ W. Brown, *Edgework: Critical Essays on knowledge and politics*, Princeton University Press, Princeton, 2005. En algunos pasajes de estos artículos, Brown parece acercarse a la propuesta tortyana de "Movimientos y campañas": por ejemplo, al afirmar que "Las condiciones de género pueden ser parcialmente modificadas, pero no podemos emanciparnos de ellas".

¹⁴ J. Boswell, "Revolutions, universals, and sexual categories" en M. Bauml Duberman *et al.* (eds.), *Hidden from History*, 18.

¹⁵ R. Padgug, "Sexual matters: rethinking sexuality in history" en M. Bauml Duberman *et al.* (eds.), *Hidden from History*, 55.

¹⁶ Citada en G. Chauncey, M. Bauml Duberman y M. Vicinus, *Introduction*, en M. Bauml Duberman *et al.* (eds.), *Hidden from History*, 6.

bio tenemos uno nuevo: la construcción de categorías como homosexualidad y género; la preferencia de algunos rasgos de la sexualidad por sobre otros para clasificar a las personas, la exclusión o censura de ciertas prácticas, y la idea misma de sexualidad como un sector delimitado y con peso propio dentro de la psique humana. Este nuevo objeto de estudio es el mismo que defiende Joan Scott en el caso de la historiografía de género. En *Only Paradoxes to Offer*, la autora rescata el aporte del feminismo a la disciplina histórica, ya que introduciría “una complejidad necesaria” al proponer “maneras de pensar que no insistan en la resolución de opuestos”, y que “exploten la tensión sin pretender resolverla”¹⁷. En el caso del feminismo, se debe lidiar antes que nada con la paradoja por la cual por un lado se reclama igualdad de condiciones, aspirando a que las diferencias sexuales se tornen irrelevantes, mientras que por otro lado se busca el reconocimiento de estas mismas diferencias y se lucha por una subjetividad femenina autónoma. Scott ya había elaborado esta paradoja desde una perspectiva diferente en un artículo llamado “The Evidence of Experience”: por un lado el historiador cree que necesita afirmar una “experiencia” del grupo que estudia para llevar adelante su reclamo contra la narrativa tradicional, pero por otro lado la idea misma de experiencia debe ser cuestionada si se quiere partir de la base de que la identidad de ese grupo es construida socialmente¹⁸. Es así como nos encontramos con la incómoda situación de que al hablar de un grupo que sólo recientemente comienza a adquirir identidad propia, no se puede decir que todo lo que sucedió antes sea realmente *experiencia de ese grupo*.

La misma problemática se presenta en el caso de las orientaciones *queer*, y en este sentido Scott habla de la “dificultad que plantea la diferencia sexual respecto de concepciones singulares del individuo”¹⁹. Tal como vimos en Halperin y otros, también en Scott se le asigna al historiador un trabajo previo al que propone Niethammer (es decir, el trabajo de narrar la historia de un individuo perteneciente a un grupo marginado): es necesario antes que nada ver cómo se conformó la identidad de este sujeto, qué lo llevó a sentirse parte de su grupo; es decir, hay que historizar la idea misma de “experiencia” —*queer*, en este caso²⁰—. Sin este trabajo previo, se corre el riesgo de naturalizar la diferencia, la posición de ese individuo en el grupo y del grupo en la sociedad, y por lo tanto quitarle la capacidad de agencia histórica —que era el objetivo primordial de Niethammer—. Un ejemplo de esta dificultad es el que ofrece William Wilkerson en su artículo “Is there something you need to tell me?”. En él, el autor analiza el proceso de “coming out” y lleva más allá la cuestión de la falta de problematización: no sólo

¹⁷ J. W. Scott, *Only Paradoxes to Offer. French Feminists and the Rights of Man*, Harvard University Press, Cambridge, 1996, 75.

¹⁸ J. W. Scott, “The Evidence of Experience” en *Critical Inquiry*, Vol. 17, No. 4, Summer 1991, 786.

¹⁹ J. W. Scott, *Only Paradoxes to Offer*, 173.

²⁰ “No se trata de individuos que atraviesen determinadas experiencias, sino de sujetos que son constituidos por la experiencia misma” J. W. Scott, “The Evidence”, 779.

se corre el riesgo de naturalizar la diferencia, sino que se puede no verla; es decir, no interpretar un patrón de conductas y pensamientos como, en su caso, homosexualidad. El patrón requiere, por un lado, un trabajo de decodificación por parte del sujeto para encontrarle un sentido, y por el otro, la disponibilidad de categorías para su interpretación. Wilkerson sostiene que, en un contexto en el que la homosexualidad no es siquiera considerada como una posibilidad, el individuo nunca interpretaría sus conductas como "comportamientos homosexuales", y mucho menos como "comportamientos de un homosexual"²¹.

Aquí nos reencontramos con el rol del historiador: en palabras de Scott, "las representaciones históricas del pasado ayudan a construir el género para el presente"²². Es decir, que pese a estas dificultades, o justamente a causa de ellas y de su valiosa capacidad de problematización y cuestionamiento, el trabajo historiográfico puede ayudar al proceso por el cual poco a poco la presencia pública de un grupo marginal es acompañada por presencia histórica. Las representaciones históricas del pasado ayudan a construir el género para el presente y lo hacen *inevitablemente*, con o sin la participación consciente del historiador. Para que sea un aporte realmente constructivo, este trabajo debe ser acompañado de un análisis exhaustivo de los supuestos, las prácticas y el vocabulario que se emplea tanto en la disciplina como en la sociedad en general. Y en este sentido, el caso *queer*, en cuanto "identidad sin esencia"²³, puede ser un buen punto de partida para la *historia desde abajo* que propone Niechammer.

²¹ W. Wilkerson, "Is there something you need to tell me? Coming Out and the Ambiguity of Experience" en P. Moya y M. Hames-García (eds.), *Reclaiming Identity. Realist Theory and the Predicament of Postmodernism*, University of California Press, University of California, Berkeley, 2000, 262-264. Según Wilkerson, una vez que el individuo cuenta con estas herramientas puede interpretar su experiencia y simultáneamente "descubrir" y "construir" su nueva identidad, en un acto no sólo teórico sino también, y fundamentalmente, político.

²² J. W. Scott, *Gender and the politics of history*, Columbia University Press, New York, 1998, 2.

²³ D. Halperin, *San Foucault*, 85.